

tar nuestra aversión y antipatía, las pondría quizás en el trance de ser reprendidas por iguales yerros ó torpezas semejantes.

Así es que la bola rueda, la farsa sigue: y como si nada advirtiésemos de ello, al llegar en los años estos días de la broma autorizada, los consagramos con ardor á la chanza picante, al chiste provocativo, á la danza descarada y muchas veces á la horrible represalia ó el crimen execrable; escudados por el imperio de la demencia durante los días de las carnestolendas, en que la humanidad, hace como que se disfraza, cuando en realidad, son los únicos en que viste y habla y obra, como piensa y quiere el resto del año; pero sin falsas artes ni pérfidas hipocresías.

Pasado el plazo de la libertad para la locura de los hombres; un espíritu sabio y una práctica previsoras; los de la Iglesia Católica que es madre y maestra de las gentes, les recuerda que son barro deleznable y vaso de corrupciones y con su autoridad indiscutible les pone la ceniza sobre la frente para recordarles más que su bajo origen, y su presente rastrero, su triste porvenir.

*Acuérdate hombre que eres polvo y en polvo te has de convertir* dice una vez más al siglo que declina bajo el peso de múltiples errores, el verbo elocuente del Cristianismo; y esta sentencia tremenda cuya fatal filosofía trae á nuestros miembros el frío de la muerte: este aviso amoroso, destructor de tanto castillo de naípe que forjaran cerebros soñadores y esta frase concisa, cuya verdad aplasta mil teorías nuevas y ridículos esfuerzos, á pocos espanta, á muchos es indiferente, y á otros, aun más desdichados, les da risa; la risa de los necios.

En tanto la humanidad sorda, en su contumacia, navega con vela desplegada por mares de borrascas inevitables, de naufragio segurísimo; pero la voz del que al parecer, clama en el desierto, no desmaya ni se cansa. *Memento homo quia pulvis es* grita desde la alteza de su ministerio el orador católico, en nombre de aquella Religión que hizo á nuestros padres salvos y felices: *Memento homo*, repiten sin cesar con la augusta majestad de la lengua madre traduciéndolo á todos los idiomas del universo, el catequista de tribus salvajes en el seno de las selvas; el misionero que predica á hordas recién conversas ó el apóstol que habla en